

MI CAMINO LEBANIEGO. *Crónica peonil en tres etapas*

I/ De San Vicente de la Barquera a Puente el Arrudo

El peón está familiarizado con la historia de San Vicente de la Barquera y sabe que fue puerto y lugar de paso que frecuentaron los que, por la vía del mar o por sendas paralelas a la costa, se dirigían a Santiago desde que cuajara la leyenda de la aparición de la tumba del apóstol en Compostela; cuarenta años antes, Beato, un monje ilustrado que vivió en Liébana en el último tercio del siglo VIII, lo había anticipado y hecho creíble en su himno *O Dei Verbum!*. Santiago se convirtió en meta de una Europa que se hizo siendo peregrina, y Liébana en etapa -desde la villa barquereña- de quienes, antes, querían venerar el Lignum Crucis y honrar al monje en su cenobio de San Martín de Turieno, precedente del monasterio de Santo Toribio. Beato era célebre en el occidente europeo por sus *Comentarios al Apocalipsis*, texto que se convirtió en el medievo en un auténtico “fenómeno de masas” según afirmara Umberto Eco.

A San Vicente y Santo Toribio les une la tradición y les separa una docena larga de leguas vertebradas por ríos. El peón, que es caminante y no peregrino, acomete el camino por el gusto de andar, que es soliloquio callado y diálogo con lo que encuentra a su paso. Recientes los setenta, contempla el porvenir sin prisa, sin perspectiva de hallar orillas nuevas. No le mueve la fe, pero no desecha la esperanza que simbolizan los ríos, que labran su propio cauce y se abren al mar.

El peón inicia su andadura dejando a un lado el puente de la Maza (recuerda cómo, para los niños, era un reto atravesarle sin respirar) y pasa junto a la alta tapia que oculta lo que fue el convento franciscano de San Luis, levantado a partir del siglo XV; hoy es una hermosa y romántica ruina de cuidada vegetación, pero en tiempos su iglesia, con un espectacular presbiterio en alto, albergó las capillas de los principales linajes de la zona y sus dependencias acogieron el año 1517 al joven rey Carlos I cuando vino por primera vez a España.

Es pleamar y la ría en que aboca el Escudo, quieta y tersa, salpicada de manchas vegetales, alcanza su mayor extensión: a esto se refería la fórmula que utilizaban los documentos medievales (“de lo que toca, baña y moja la mar salada”) para marcar el límite de jurisdicciones fluviales. Al sortear las rotondas que dirigen el tráfico hacia la autovía un indicador señala la inmediatez de Abaño, donde quedan los restos semiabandonados de lo que durante casi seis siglos fuera lugar de aislamiento de los leprosos de una extensa comarca que, en el momento de su constitución el año 1232, abarcaba desde San Vicente hasta Panes y Luey; resiste precariamente en pie la capilla de la malatería, en cuyas paredes permanecen los frescos, de color rojo intenso y magnífica factura, de unas bellísimas siluetas de barcos a los que nuestro llorado amigo José Luis Casado (con quien las contemplamos en su día) atribuía una antigüedad de quinientos años.

Se enfila luego la tranquila carretera que lleva a La Acebosa y Hortigal, dos pequeños pueblos limpios y bien conservados, pese a construcciones nuevas y un par de urbanizaciones de chalets, revocados en albero, que no contaminan la vista. La proximidad de San Vicente y la expansión de las segundas residencias no borran su carácter ganadero y agrícola, que atestiguan varias casas aldeanas de planta rectangular y solanas entre sólidos cortavientos. El río Gandarilla discurre entre montes bajos que ocuyen el paisaje, y maizales y praderías de siega ocupan las partes llanas. Las pocas vacas que se ven son de razas cárnicas, suizas o charolesas, pues ya hace tiempo desapareció el monocorde perfil de las frisonas que caracterizó el ciclo lácteo de la mejor época de la ganadería montañesa. Algún coche

quiebra momentáneamente el silencio, pero se restablece pronto para alivio del peón, que empieza a agradecer las sombras del camino.

Un copudo y recio roble anticipa la entrada en Estrada, donde hay que detenerse para ver la torre que preside el caserío en lo que fue solar original de la Casa de Estrada, la principal de esta zona y con múltiples ramas nacidas de su tronco dispersas por medio mundo. Se ve al acercarse que se trata de un singular recinto defensivo, con foso en su momento, ante el que la mirada se satura de piedra: el roquedo sobre el que se alza, el camino de acceso y la escalera, la torre imponente, la muralla, las rústicas columnas de la ermita... Todo es piedra, trasunto de dureza y permanencia: dureza de los tiempos en que los señores imperaban desabridos sobre sus dependientes y disputaban con violencia por tierras y gabelas (tres Estrada fueron muertos por vecinos de San Vicente por pretender apoderarse de lo que no les correspondía), y permanencia de generaciones que mantuvieron la arrogancia de quienes fijaron el lema del linaje (“Yo soy la torre de Estrada/ fundada en este peñasco/ más antigua en la Montaña/ que la casa de Velasco/ y al rey no le debo nada”). Decayó después tanta soberbia y se fue desmoronando lo que estuvo erguido y firme, olvidado por todos hasta su reciente recuperación. No deja de ser significativo que el lugar donde se realizaban las gravosas exacciones a los campesinos de entonces se haya convertido en expectativa económica para los vecinos de hoy, o que lo que fue la expresión más cabal del feudalismo -la torre- se entienda ahora, en tiempos de igualdad, como memoria e incluso orgullo de lugareños. Reflexiona el caminante si es que el olvido hace alquimia del pasado o, peor aún, prestigia lo que borra. Grande es la sorpresa cuando se accede a la torre, al ver que su interior alberga una exposición sobre *Los maquis* donde, didácticamente, se refleja aquella realidad de la posguerra civil, en la que grupos de vencidos se echaron al monte para continuar un insensato combate o como forma de huir de crueles represalias. El énfasis se pone en los dos últimos guerrilleros de la región, Juanín y Bedoya, cuya peripecia pobló nuestra infancia reinosana de miedos imprecisos. Bedoya era de Serdio, un pueblo inmediato, y su recuerdo permanece en la comarca con cierto aura de leyenda. ¿Qué pensarían los antiguos y orgullosos Estrada de estos hombres del pueblo que desafiaron al poder y señorean su torre? Quizá les recordaran sus propias osadías, ya que no su altivez.

El peón retoma el camino, que se empina algo. Plátanos y avellanos, más algún eucalipto, se suceden intermitentes hasta Abanillas, donde llega sediento y encuentra una fuente pegada al ábside de la iglesia de la que mana un agua no sabe si bendecida, pero sí desde luego bienvenida. Pasado Abanillas el horizonte se ensancha en una sucesión de sierras rematadas a lo lejos por las estribaciones de los picos de Europa, un perfil quebrado y azul claro contra el azul más intenso del cielo que ninguna nube interrumpe. Un recorrido suave y despejado aboca a los dominios del Nansa, y hay que bajar al río para seguir la senda fluvial que lleva a Camijanes. Difícil imaginar mejor paraje para un día en el que el sol cae con fuerza. El Nansa fluye alegre por su cauce despidiendo olor a tierra fresca y un vaho de humedad que retiene el arbolado. La sombra nos envuelve en una intimidad sonora que nada osa turbar. El ambiente tiene algo de mágico, de fábula de otro mundo posible.

Pronto hay que volver, sin embargo, a la realidad del sol de plano y la calzada de asfalto, ahora más transitada. Es momento de parar y reponer fuerzas antes de llegar a Puente el Arrudo, donde nos espera el hotel habilitado en una antigua casona con la reciedumbre de las piedras sillares, la oscura madera de aleros y miradores y la elegancia de sus estrictas proporciones. Nada hay en los alrededores donde ir, pero el jardín es propicio para el descanso y la serranía de enfrente para solaz de la mirada. A la tarde el cielo se engrisece y hace densos los verdes, en ese contraste de armónicos que el peón degusta como lo más genuino y entrañable de su tierra. La noche es profunda y estrellada, de antigua quietud.

II/ De Puente el Arrudo a La Hermita

Hay que abandonar temprano el acogedor hospedaje y dirigirse a Cades, donde lo primero que se encuentra, junto al Nansa, es un molino y ferrería de hace casi tres siglos, perfectamente conservados y en uso, aunque ahora para mostrar al admirado visitante cómo funcionaban -con qué sencillez y qué eficiencia- aquellos ingenios de antaño. El peón fue, hace algún tiempo, uno de esos visitantes y recuerda gratamente el saber y la identificación con el lugar del guía que lo mostraba (Un inciso de elogio para tantos guías que explayan conocimiento y pasión por lo que enseñan, consiguiendo transmitirlo). Completa el conjunto una buena casona de sillar y mampostería, con doble escudo, precedida de corralada en la que destaca un hórreo con panojas colgando, acaso sólo decorativas. Fresnos y hayas ribereños terminan de configurar un rincón bucólico, a propósito para idilios aldeanos y romances antiguos que algunos deben aún recordar y cantar. Esa impresión se une al frescor de la mañana reciente, al rumor del río, al paisaje sereno, a la soledad y al aire trasparente, para crear un espacio especial, como una cápsula de tiempo que albergara un estado nuevo y más sutil de la materia. Es un momento de plenitud.

El camino empieza a elevarse y deja abajo el embalse de Palombera, una de las tres presas que interrumpen el curso del Nansa en las que el agua cuaja en luz. Se construyó años antes de descubrirse en su orilla la cueva de Chufín, hoy Patrimonio Mundial por las pinturas abstractas en rojo de hace más de veinte mil años y los posteriores grabados de ciervas y otros animales, éstos coetáneos de los bisontes de Altamira. El agua del embalse ha respetado por poco la cueva, y los expertos sospechan, resignados, que otras manifestaciones paleolíticas hayan quedado definitivamente inundadas.

En el embalse desemboca el río Lamasón, junto al que discurre la carretera que conduce a Venta de Fresnedo. Al rebasar el lugar aparece a lo lejos, entre laderas de colinas próximas, un perfil montañoso cuyas crestas parecen olas por su cadencia ondulada. A partir de Sobrelapeña quien nos acompaña es el arroyo Lafuente. En un entorno de buenas praderías se ven varias tapias hechas de cantos de río, sin argamasa alguna, que son auténtica orfebrería en piedra y abundan en los valles interiores de la región, en especial en la comarca cabuerniga.

El imponente macizo de Arria, con su rotundidad caliza, protege y abriga a Lafuente, donde nos recibe la iglesia del siglo XII advocada a Santa Juliana. Es una de esas pequeñas iglesias románicas rurales, sencillas y entrañables, hechas de una vez y para siempre. Junto a ella estaba el antiguo cementerio del pueblo, removido por la actual carretera, y de allí parte el camino medieval que articuló el alineado caserío de los dos barrios que forman la aldea. Inmediata a la iglesia está una casona llamada *La Corralada*. Su sobria portalada, con arco de medio punto y escudo sobrepuesto, tiene a sus lados dos curiosas cabezas esculpidas en piedra (“La pareja de Lamasón” les dicen) representando, una, un hombre de sonrisa entre pícara y sardónica, y la otra una mujer apoyada en un pedestal con la inscripción “Cuantos pasan que no buelben. Año 1625”: una verdad llana y estricta sí, como parece, se refería a los que hacían su postrer trayecto hasta el cementerio, que obligadamente pasaban por delante. Frente a la puerta de la iglesia, cerrada por la escasez de sacerdotes para atender el culto, conversamos con un vecino que nos habla con orgullo del agua extraordinaria que mana la fuente de La Llosa (comprobamos que es así), de las tudancas que ahora están pastando en las brañas de Peña Sagra, de cómo años atrás llevaban el ganado a estiar en Campoo y de las intervenciones que la Fundación Botín está desarrollando para mejorar el pueblo, conservando su naturaleza rural y su idiosincrasia secular.

También nos aconseja que tomemos la senda de Burió para llegar al collado de Hoz, y así lo hacemos. El recorrido se acorta, sin duda, pero es realmente empinado y el esfuerzo apenas si nos

permite disfrutar de la vista inédita que brinda la altura, aunque sí de la sombra benefactora de algunos robles. A partir del collado la carretera desciende y se ven invernales dispersos por las praderas ganadas al bosque, en una imagen que recuerda algo, por la distribución espacial de las cabañas, al paisaje pasiego. De fondo, ya constante en nuestro avanzar, la roca desnuda de los picos de Europa. A la derecha, el macizo de Peñarrubia sucede casi sin discontinuidad al de Arria, mientras a la izquierda, algo distante de la carretera, se distingue el caserío agrupado de una aldea, Cicera, que parece recostada sobre un monte muy espeso de arbolado, que tanto parece defenderla como amenazarla.

Al llegar a Linares hay que desviarse y encaramarse por una callejuela que serpentea entre las casas para acceder a la torre bajomedieval, recia y almenada, que llaman del Pontón. Había pertenecido a la familia Linares, originaria de aquí y con fuerte presencia en Liébana, que tuvo otras dos torres en las inmediaciones de ésta, con las que conformaba un notable conjunto defensivo en un lugar realmente estratégico entre las tierras del Nansa y del Deva. La torre está ahora rehecha y contiene (al parecer, pues el peón llegó a deshora para las visitas) una representación de cómo era la vida de los moradores en sus siglos primeros. Tanto esta torre como la de Estrada son bien representativas del entramado feudal de la Cantabria medieval, cuando las familias poderosas, al amparo de prerrogativas y del poder de la fuerza, extraían rentas de los lugareños y luchaban entre sí por extender dominios y vasallos.

El peón lleva casi cuatro horas caminando y se acerca al bar del pueblo para comer algo y descansar. Es sábado y varios vecinos charlan entre ellos cuando se acerca otro, alegre y locuaz, que debe vivir fuera, saludando a todos y dando otro rumbo a las conversaciones, que se adentran por terrenos de ausencias y recuerdos. Desde Linares la carretera desciende con cierta brusquedad, haciendo zigzags continuos y cerrados hasta desembocar en La Hermida a través de un puente sobre el Deva. Una posada, sencilla y limpia, nos acoge,

Encajonada entre altos farallones de acusada verticalidad y el Deva que la ciñe, La Hermida es un enclave singular, fruto de la carretera que une Potes con el mar, en un pequeño ensanche cedido por las rocas en el que se alinean las casas de su centenar de habitantes. Es también encrucijada donde desemboca el camino que nos ha traído desde el Nansa y de donde parte la “ruta del queso” que asciende hasta Bejes tras pasar por Lutero (o al menos eso indica un cartel). En este mediodía bochornoso de agosto se mezclan en sus bares y restaurantes turistas que van o vienen de Liébana, montañeros hacia Picos, escaladores de los nuevos retos y andariegos como el propio peón.

A la tarde, un breve paseo nos acerca al balneario que desde el siglo XIX aprovecha una surgencia de “aguas cálidas”, en lugar donde hacia el siglo VIII pudo haber un monasterio con ese mismo nombre. Tras servir de alojamiento a afectados por el incendio de Santander de 1941 cayó en desuso y ha sido recientemente rehabilitado, en la estela de la moda actual de recuperación de los “Sanare Per Aquam” (SPA) de los antiguos romanos. La noche llega lenta y húmeda, más noche quizá por lo angosto del escenario que nos envuelve.

III/ De La Hermida a Santo Toribio

Se impone madrugar para salir de La Hermida. El día se anuncia caluroso y la carretera, en su estrecho discurrir entre el roquedo y el río, estará menos transitada a primera hora. El desfiladero, ya se sabe, es una garganta que dicta su ley de riesgo a los vehículos que se cruzan, y más aún al indefenso caminante, que ha de andar orillado y en ocasiones recostarse contra la pared. Pero el espectáculo, sobrecogedor y majestuoso a un tiempo, compensa de sobra. El Deva baja fuerte, cantarín, impetuoso, aunque se aquietta en algún pozo para recreo de los pescadores de salmones y truchas. Hacia donde se dirija la mirada, todo el horizonte son los peñascos abruptos del macizo oriental, que desprenden a veces esquirlas peligrosas. Se ven algunas bocas de cuevas, en una de las cuales, llamada Aúrea (que no adivinamos), se han descubierto hace poco pinturas de puntos rojos similares a las de Chufín, que se suponen también de hace más de veinte mil años. El color gris-ceniza de la piedra lo interrumpe el verdor de las encinas, que crecen entre el espesor mineral casi ayunas de tierra e indiferentes al vértigo: “mariposa en ceniza desatada” dijo de ellas Góngora, aunque aquí se atan bien a la roca cenicienta. Luego, precedido por hileras de chopos, el espacio se dilata algo, como un alvéolo por el que respirara momentáneamente el peñascal, para dar cabida a Lebeña, parada obligada para el caminante.

Llegamos a uno de los entornos más bellos de Cantabria, creado por la alianza de la naturaleza y el hombre. Sobresale la iglesia de Santa María, mozárabe y más que milenaria, fundada por quienes debieron ser los primeros condes de Liébana. El exterior del templo se presenta como un conjunto de cubos agregados que el pórtico, muy posterior, desdibuja algo. Del interior uno recuerda la impresión que siempre le produjo de armonía y diafanidad, pese a sus modestas dimensiones, así como el naturalismo, entre solemne y tierno, de la Virgen de la Buena Leche, una talla magnífica robada por algún desaprensivo y restituida luego. Exenta, junto a la iglesia, está la torre-campanario, también de estilo mozárabe pero de hace tan sólo un siglo. Frente al pórtico, el humilde cementerio aldeano, donde todos yacen envueltos en la tierra. Del célebre tejo, con fama de milenario, tan sólo queda el tocón después de que le abatiera, ya va para una década, un temporal violento e insensible. Al caer el tejo dejó desolada a la iglesia, su hermana de cuna, y huérfano un olivo, también antiquísimo, que era su par y con el que simbolizaban (como explica bien un cartel) la dialéctica muda de dos culturas: el tejo, la indígena de los ancestros cántabros, y el olivo la importada “aculturación mediterránea” -la expresión es del profesor García de Cortázar- que, a partir del siglo VIII, supuso, entre otras muchas novedades, la implantación efectiva del cristianismo. Detrás de todo, a modo de telón de un decorado fantástico, las peñas desnudas de color gris-vindio parecen reflejar la luz, más que absorberla.

Nos acercamos luego al pueblo donde vemos, empotrada en el muro de lo que fuera iglesia, una estela funeraria, de hacia el siglo III dC, dedicada a Aelio Albino por una mujer llamada Turaennia: parte de su interés radica en la coexistencia del nombre latino del difunto con el indígena de la dedicante, es decir la persistencia de lo autóctono en un ambiente ya muy romanizado. El pequeño espacio de Lebeña nos muestra, así, el paso lento y gradual de la historia, siempre híbrida en su esencia.

Volvemos a la angostura del desfiladero, que al cabo de poco se va ensanchando y permite el arcén de la carretera para seguridad del caminante. El tráfico se espesa y el silencio se desvanece. La panorámica es ahora abierta, pero recogida entre el fondo circular y calizo de los picos y las sierras laterales, por donde trepan pequeñas aldeas de noble rusticidad. Mientras camina, el peón evoca otros recorridos por la zona para contemplar los robustos castaños de Pendes (que han servido de escenario para las recreadas aventuras de Heidi) o para ascender hasta la braña de los tejos, donde en una ocasión nos sorprendió la lluvia empapándonos de felicidad.

A la entrada de Tama, junto a la carretera, destaca un edificio moderno, a modo de paralelogramo recubierto de lamas de madera que acentúan su horizontalidad. Es una arquitectura delicada que el entorno encaja bien, como todo lo que no le violenta. Se trata de un “centro de interpretación” de los picos de Europa, con un estupendo montaje en el que se recogen múltiples aspectos de la comarca (geología, fauna, etnografía etc.) y una extensa referencia a la actividad minera desarrollada en los cordales de la sierra de Andara, completada con bellas piezas de blenda y un espacio dedicado a la sociedad “La Esperanza”, que perteneció a la familia Mazarrasa.

Es verano y Potes bulle de visitantes. El peón lleva casi tres horas caminando y se acoge al remanso y el refrigerio que le proporciona un local situado bajo la torre del Infantado, la tercera torre que topamos en tres días. Esta es de mayor porte que las de Estrada y Linares y más elaborada en su estructura por la barbacana, los cubos circulares, el patio interior y otros componentes. Si aquellas eran representativas de los linajes locales, ésta fue motivo de pugna entre dos familias del exclusivo círculo cortesano, los Mendoza y los Manrique, cuyo nexos fue la más poderosa y corajuda dama de la región, Leonor de la Vega, madre del marqués de Santillana. El marqués heredó de su padre el señorío sobre la comarca lebaniega, y por estas tierras anduvo en lances de naturaleza bien distinta a la huella poética que dejó en sus *Serranillas*, en las que cantó a la “mozuela de Bores”. La torre está ahora acondicionada para glosar la figura y la obra de Beato, incluyendo una docena de facsímiles de algunos de los mejores “beatos” con sus intrigantes y bellísimas ilustraciones.

Acometemos luego el tramo último hasta Santo Toribio, un trayecto no muy largo, pero sí de considerable desnivel que se hace más arduo en este mediodía de sol implacable. A medida que se asciende varían las perspectivas, espléndidas todas, lo que ameniza la subida y compensa el esfuerzo. El enclave en que se sitúa el monasterio es un espacio pequeño y escondido, crecido al asubio del monte de la Viorna. En la explanada una fuente nos alivia de sed y sudor, mientras que el claustro (lo único abierto a esta hora) proporciona un frescor irrenunciable y un silencio propicio.

El caminante, sentado y absorto, piensa en todo lo que significa este lugar, al que dan carácter el Lignum Crucis y la latente presencia de Beato. La gran reliquia le situó en la ruta de las peregrinaciones medievales, sobre todo tras la concesión del Jubileo, que es privilegio excepcional en el ámbito de la cristiandad. En cuanto a Beato, al imponerse doctrinalmente sobre el obispo de Toledo a propósito del adopcionismo, contribuyó a independizar en lo religioso -y, como consecuencia, en lo político- al naciente reino de Asturias del declinante reino toledano; la polémica teológica, además, llegó a Roma y a la corte de Carlomagno, donde apoyaron al lebaniego. Luego, al asumir la tradición de la presencia del apóstol Santiago en España (de la que le proclamó patrono) hizo verosímil el hallazgo algo después de su tumba en Compostela, con la trascendencia que ello ha tenido y tiene en tantísimos aspectos. Finalmente, sus *Comentarios al Apocalipsis de San Juan* tuvieron un gran eco en toda la Europa altomedieval, transida de milenarismo, y fueron muy reproducidos. Algunas de las copias, llamadas “beatos” en su honor, incorporaron esos dibujos, turbadores por herméticos e impactantes por su estética, que influyeron en la evolución del arte románico y siguen asombrando. El arte, en este caso, ha sido el auténtico y perdurable *Comentario*, adelantándose a eso tan actual de la primacía de la imagen sobre las palabras.

Ha llegado el final. Han sido tres jornadas de caminante solitario por la geografía de Cantabria, de belleza en parte inédita, y por las huellas del paso de los hombres, escondidas a veces pero visibles aún. Otros que han llegado hasta aquí seguirán su camino peregrino, en pos quizá de una verdad esquiva. El caminante no buscaba sino sentir, que le llegara más adentro el aire y con más fuerza el latir de la

tierra, y vuelve con la alforja surtida de ríos y aldeas, de torres y de sierras. Naturaleza e historia para pensar y repensar la vida.

José Manuel Pastor Martínez
Agosto de 2016 (días 26-28)